

¿CONTINUIDAD O RUPTURA EN LAS NECROPOLIS DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA MESETA?: EL EJEMPLO DE LAS NECROPOLIS TUMULARES

por

Jose Luís Pérez de Ynestrosa Pozuelo

Resumen: Tras una breve introducción historiográfica, y una aclaración de la terminología, revisaremos los datos conocidos sobre las necrópolis tumulares meseteñas, tanto en un nivel sincrónico, estableciendo diferencias de ritual funerario (quizá étnicas), como diacrónico, estableciendo variaciones en el tiempo de estas prácticas, que plantea posibles cambios en la estructura social de estos pueblos. Demostraremos la variabilidad en las prácticas funerarias desde el periodo protoceltibérico hasta el Celtibérico Tardío, que atribuimos a la influencia de los iberos, mediante el intercambio, que provoca cambios en la ideología, y en la estructura social imperante.

Palabras-clave: Tumulo. Estructura social. Variabilidad.

La existencia de estructuras tumulares en las necrópolis celtibéricas es un hecho al que no se le ha prestado aún una atención suficiente ya que, siendo conocidas desde antiguo en ciertas zonas de la Península Ibérica como el Bajo Aragón, parecían estar ausentes en la Meseta, debido en gran medida a la temprana fecha en que se comenzaron a investigar las necrópolis de la zona, lo que pudo significar la destrucción de muchas de estas estructuras funerarias.

En los últimos años, a partir de las excavaciones en una serie de necrópolis, entre las que destaca la de Sigüenza (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa, en prensa), se han comenzado a conocer un buen número de este tipo de estructuras en los cementerios celtibéricos, lo que ha permitido que nos planteemos una serie de nuevas hipótesis.

Las necrópolis tumulares se conocen a lo largo de toda la Meseta (Fig.1), siendo un grupo minoritario en el conjunto de las necrópolis celtibéricas. No parecen distribuirse con relación a ningún patrón. Creemos que su localización

estaría en relación con la ubicación de su asentamiento. Tan solo señalar, como ya hemos comentamos en otros lugares (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa, 1992), la tendencia a situar los yacimientos del núcleo de Aienza - Sigüenza (Guadalajara) y las del Sur de la provincia de Soria en terrenos cercanos a núcleos susceptibles de ser explotados para la obtención de sal.

Estas necrópolis no suelen situarse muy alejadas del poblado que las utiliza, aunque no se conocen demasiados casos en los que se haya podido establecer una relación clara entre ambos, en zonas más o menos llanas o en ligera pendiente, pero siempre buscando un lugar que fuera visible desde el poblado, para no romper el vínculo entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Pero hay ocasiones en que la distancia podría ser mayor, si lo que se trataba era de evitar era la ocupación de tierras fértiles para la agricultura ya que siempre se procura no inmovilizar las tierras útiles para la explotación económica, como ya ha sido señalado por diversos autores (Chapman, 1977: 29; Chapman y Randsborg, 1981: 16).

Suelen situarse en relación con los caminos de acceso al poblado, como si se tratara de un intento a la vez profiláctico, para deshacerse de los muertos, y apotropaico, como si se deseara que los muertos colaboraran en la defensa del castro, participando en la colectividad social, lo que explicaría el mantenimiento de su estatus tras la muerte. En cualquier caso, seguro que se deseaba que la necrópolis fuese contemplada, lo que explica las señalizaciones de las tumbas y su situación en lugares bien visibles.

Un dato significativo es la continua presencia de núcleos de agua en las necrópolis. Ya el Marqués de Cerralbo (1916: 9) señaló la presencia de las necrópolis celtibéricas en las cercanías de puntos de agua.

No hay que olvidar las implicaciones simbólicas que las aguas tenían en el mundo religioso - funerario de muchos pueblos protohistóricos (ver, por ejemplo, Haba y Rodrigo, 1990), incluidos los pueblos célticos. Como bien señala M. Green (1989: 155), el agua en todas sus formas fue venerada en el mundo céltico, teniendo un carácter mágico, de unión entre la vida y la muerte. Dado su carácter cíclico, tendrá un papel fundamental dentro de los ritos de paso, de los que la muerte forma parte.

Recordemos en este sentido el constante depósito de ofrendas a las aguas en las zonas de vados, lugares sagrados y míticos donde luchan los héroes de las leyendas célticas como, por ejemplo, Cuchulain, o el valor simbólico que las aguas tienen en el Ciclo Artúrico, con un evidente valor funerario (Bradley, 1990).

En este mundo céltico, como señala Sopeña (1987: 126), las aguas representan el nexo de unión con el Más Allá, contexto en el que tendría pleno sentido la constante presencia de puntos de agua en las necrópolis celtibéricas.

Todas las sepulturas localizadas en necrópolis tumulares son de **incineración secundaria**, de carácter individual, aunque se conocen algunas asociaciones, en todos los casos de dos individuos, pudiendo tener un carácter familiar.

En relación a los **tipos de enterramientos** que se localizan en las necrópolis que emplean enterramientos tumulares pueden clasificarse en dos grupos: las sepulturas simples y los enterramientos tumulares.

Los enterramientos tumulares, que en ningún caso, salvo la excepción de la necrópolis de Pajaroncillo, aparecen como única forma de enterramiento en las necrópolis se presentan en diferentes tipos: los túmulos cuadrangulares de varias hiladas de piedras, conocidos únicamente en La Yunta; túmulos de empedrado con el perímetro bien marcado (circulares, cuadrados o rectangulares); los túmulos de empedrado irregulares; las reutilizaciones de los empedrados tumulares; enterramientos en estructuras colectivas de gran tamaño y los extraños túmulos de Monte Bernorio.

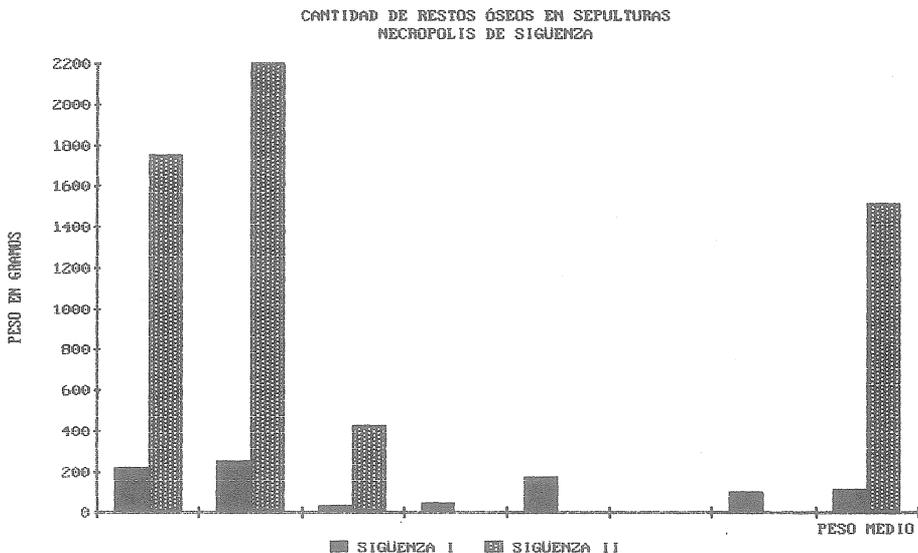
No parece que estos diferentes tipos de enterramiento tengan ninguna significación cronológica, aunque los túmulos cuadrados parecen conocerse únicamente en periodos muy tardíos.

En lo referente a la **organización interna de las necrópolis tumulares**, no se vislumbra ningún tipo de orden preestablecido. La única tendencia que se denota es que parece que no se trataba de túmulos aislados, sino que se localizaban en agrupaciones de varios de ellos rodeados de tumbas simples.

Tras esta breve presentación de este tipo de necrópolis, queremos señalar una serie de cambios en diferentes aspectos que parecen vislumbrarse a través del estudio de estos yacimientos.

A través de los diferentes análisis de los restos de las cremaciones, parece detectarse un cambio en la manera de efectuarse el **ritual de la incineración** a lo largo de su utilización, ya que la cantidad de materia ósea recogida de las sepulturas de los diferentes periodos varía significativamente, como se ha podido comprobar en la necrópolis de Sigüenza (Ver gráfico). Este hecho podría ser debido a un cambio en la forma de realizar la cremación, con diferencias en el tiempo empleado, el tipo y la cantidad de madera utilizados, pudiendo indicarnos unos cambios en el ritual, que también parece apuntarse en los ajuares recuperados en los diferentes periodos y en los tipos de sepulturas utilizadas.

Otro cambio que se percibe en este tipo de necrópolis es el **tipo de enterramiento** empleado en las mismas. Es difícil establecer una evolución temporal del desarrollo de las necrópolis tumulares, dada la escasez de los datos hoy conocidos. Para ello nos basamos principalmente en las necrópolis que, como la de Sigüenza o La Umbría, presentan una evolución a lo largo de diferentes fases de la cultura celtibérica.



Planteamos la introducción de las estructuras tumulares en nuestra zona procedentes del Valle del Ebro, donde tenían una amplia tradición, como un elemento más de las influencias del mundo de los Campos de Urnas que penetra en esta zona de la Meseta.

Junto a una serie de poblados de tipo Campos de Urnas, situados en las rutas de penetración desde el Valle del Ebro a través de los cursos de los ríos Mesa y Piedra, afluentes del eje Jalón - Jiloca, cuyo principal exponente es el yacimiento de Fuente Estaca en Embid (Guadalajara), aparecen las primeras necrópolis en el periodo Protoceltibérico, como es el caso de la de Molina de Aragón o el de La Umbría, que presentan una serie de elementos de cultura material, como sus formas cerámicas a mano, o las mismas cerámicas a mano pintadas que enlazan claramente con el mundo de Campos de Urnas del Valle del Ebro y del Bajo Aragón.

Junto a este equipo material y como elemento cultural más representativo, aparece la incineración de los cadáveres como único ritual funerario y su enterramiento en hoyos que, a veces, se cubren con estructuras tumulares.

Las estructuras tumulares continúan utilizándose a lo largo del tiempo, llegando a su máximo grado de expansión en el periodo Celtibérico Inicial, en la transición a la Segunda Edad del Hierro, presentando ya una evolución autóctona. Aumenta mucho el número de yacimientos que presenta este tipo de estructuras y, aunque no conocemos bien su tipología, parece que van diversificándose, tendiendo cada vez más al tipo de empedrado y círculos pétreos, que aparecen en la necrópolis de La Umbría.

El comienzo de este periodo es cuando planteamos la construcción de los ejemplares conocidos en la necrópolis de Sigüenza, que aún presentan formas tendentes a lo circular.

En el resto de los yacimientos que presentan estas estructuras, la idea de túmulo al modo de sus referentes de Campos de Urnas se va perdiendo, conservándose tan solo la idea de protección de la sepultura mediante un pequeño empedrado.

En los comienzos de la fase Celtibérica Plena, cuando se produce el máximo esplendor de los pueblos celtibéricos plenamente formados, las estructuras tumulares desaparecen de las necrópolis.

Así, en la necrópolis de Sigüenza, en su fase II, están ausente estas construcciones, mientras que si aparecen otros tipos de enterramiento, en los que la urna se protege, a veces, con una simple tapadera de piedra y, en algunos casos, aparece señalada con una estela de piedra.

La aparición del sistema de señalización mediante estelas, ausente en las necrópolis de los periodos anteriores y que parece dominante en este periodo, sobre todo en las necrópolis excavadas por Cerralbo en Guadalajara, ha sido puesta en relación con el mundo ibérico. Aunque no este el lugar para profundizar en la citada hipótesis, si queremos apuntar en esta posibilidad, dada la cada vez más creciente influencia ibérica que se está recibiendo en esta época en el mundo celtibérico y que, sobre todo al final del periodo, va a ir produciendo un evidente cambio social, tendente a la organización de la sociedad entorno a los núcleos de las ciudades y una pérdida de la identidad gentilicia.

Finalmente, las estructuras tumulares vuelven a hacer su aparición en determinadas necrópolis como la de La Yunta, en sus primeros periodos de desarrollo. Esta súbita reaparición de unas estructuras tumulares claramente diferentes a las que se localizan en los periodos anteriores, aún no tiene una clara explicación. Pero una vez más queremos apuntar la hipótesis de su vinculación al mundo ibérico, donde este tipo de enterramientos es frecuente y que también aparece reflejado en otras necrópolis de la Meseta, como es el caso de La Osera (Avila), junto a otra serie de elementos ibéricos.

El tercer punto importante a señalar en esta serie de cambios que denotan las necrópolis tumulares se localiza en el tipo de ajuares que se entierran en estas necrópolis en los diferentes periodos de la evolución de esta cultura.

Etapa Protoceltibérica:

Las necrópolis de este periodo representan el momento anterior al mundo celtibérico plenamente formado, donde tiene éste sus orígenes, ya que en el se aglutinan una serie de elementos de cultura material y de sistemas de asentamiento y de enterramiento, heredados de Campos de Urnas a los que luego se incorporaran elementos procedentes de la cultura ibérica y que posteriormente cristalizaran en lo celtibérico.

Tendrían una cultura bastante homogénea, encuadrable en la Primera Edad del Hierro, con hoyas globulares, de paredes rectas o troncocónicas, siempre realizadas a mano, junto a cerámicas pintadas, fíbulas de codo, espirales y de doble resorte con puente filiforme y de cinta.

Etapa Celtibérica Inicial

Los conjuntos que ubicamos dentro de este periodo representan el nexo de unión entre el mundo de la Primera Edad del Hierro y los tiempos celtibéricos. En la necrópolis de Sigüenza se documentan enterramientos en estructuras tumulares que contienen cerámicas a mano, aún con perfiles de Campos de Urnas, cerámicas grafitadas y cerámicas a peine, fíbulas de doble resorte y de pie vuelto y broches de cinturón, junto a armas de hierro de tipo sencillo, como lanzas o cuchillos. Se fecha desde fines del siglo VI y a lo largo del V a.C.

Etapa Celtibérica Plena

Se caracteriza por un equipo funerario notablemente rico y complejo, con cerámicas a torno pintadas, armas de hierro, espadas de antenas, bocados y arcos de caballo, objetos de bronce como fíbulas y broches de cinturón, y objetos de importación, como las urnas de orejetas del mundo levantino y alguna falcata.

Etapa Celtibérica Avanzada

Se representa ya a los pueblos celtíberos plenamente formados y en evolución. Los ajuares de este periodo se componen de cerámicas a torno pintadas, puñal de empuñadura biglobular, espadas de La Tène, fíbulas de La Tène, anulares hispánicas evolucionadas y puñales Monte Bernorio. Esta fase se desarrollaría hasta el fin de las guerras Celtibéricas y el sometimiento a Roma, a fines del s. II a.C. El hecho más destacable es la pobreza general de los ajuares funerarios, desapareciendo las armas de hierro de los ajuares, quedando sólo algunos regatones. En base a los estudios realizados sobre las necrópolis tumulares, hemos podido establecer una serie de puntos que nos pueden acercar al conocimiento de los pueblos celtibéricos.

Junto al valor arqueológico que concedemos al hallazgo de las estructuras tumulares, debemos señalar también la significación que su utilización pudo tener para la sociedad que los utilizó. Consideramos que el **túmulo** desempeñó una doble función altamente interrelacionada, de protección y señalización de la sepultura. Así, protegerían el enterramiento, que sería el de un miembro prominente de la sociedad y a la vez la señalaría para no romper el fuerte vínculo de unión entre el mundo de los vivos y el de los muertos, realizando la función de ayuda a la reproducción de las formas sociales y económicas, personificadas, tal vez, en unas élites.

Hemos afirmado que se trataría de miembros prominentes de la sociedad los que se enterrarían en el túmulo, las élites, ya que estos enterramientos presentan mayor riqueza, tanto en sus ajuares, como en lo que nos parece más

importante, que es la mayor inversión de trabajo y gasto de energía, en el sentido apuntado por Tainter (p.e. 1978), necesaria para la construcción de las sepulturas tumulares, en relación a los enterramientos en simples hoyos.

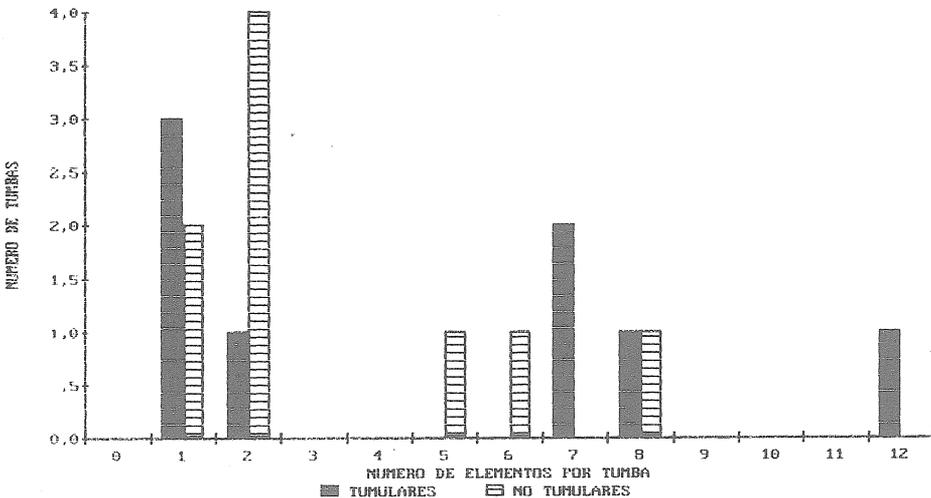
Parece evidente que el nivel de inversión de trabajo es mucho mayor en la construcción de una estructura tumular aunque sea pequeña, en la que han de participar varias personas, que en la de una tumba plana. Además, esta estructura permanece visible a través del tiempo, lo que consigue ese pretendido refuerzo de la cohesión del grupo social, con el mantenimiento de unas tradiciones recordadas a través de ciertos rituales, que son controlados por un sector determinado de la sociedad.

Aceptando la gran validez que como indicador social representan los ajuares, no podemos olvidar que puede ser mucho mayor la de la estructura que los contiene ya que es la que recuerda a los vivos quién es el que está allí enterrado y por qué lo está de ese modo. En este sentido parece apuntar la relación de las necrópolis tumulares con las sepulturas planas dentro de las necrópolis y la relativa riqueza de cada una de los diferentes grupos.

La única necrópolis en la que contamos con algunos datos fiables es la de Sigüenza, pese a que se conocen pocas sepulturas de la misma. En líneas generales, debemos resaltar la relativa riqueza de la necrópolis de Sigüenza, tomando en cuenta sus dos fases de ocupación, pues todas las tumbas localizadas tienen algún elemento de ajuar y algunas de ellas llegan a tener hasta 15 ó 16 objetos.

Las dos barras, que corresponden, respectivamente, a las sepulturas tumulares y a las no tumulares de la fase Sigüenza I, nos muestran el número de elementos presentes en cada tumba.

ELEMENTOS DEL AJUAR EN LAS SEPULTURAS
FASE I DE LA NECRÓPOLIS DE SIGÜENZA



En primer lugar, señalar que se concentran un mayor número de sepulturas no tumulares en el grupo que consideramos “menos rico” (1 y 2 elementos de ajuar), 6 de ellas, frente a 4 de las tumulares.

En el grupo que denominamos de riqueza media, entre 5 y 8 elementos, la proporción es similar, con 3 sepulturas localizadas en cada una de los tipos. Pero, mientras que en el grupo de las consideradas más ricas no hay ninguna sepultura no tumular, si localizamos una sepultura tumular con 12 elementos de ajuar, la citada nº 1.

Así, para finalizar este breve intento, vemos que el comportamiento en la distribución de los ajuares entre ambos tipos de sepulturas es muy similar, siendo algo más ricas las tumulares. Por lo tanto, parece reforzarse la hipótesis de que no es el ajuar el principal denotador de riqueza y estatus entre las diferentes sepulturas, sino que, como planteamos, este papel lo jugaría la estructura tumular en sí misma.

En este sentido, el túmulo, como señalizador, funcionaría a modo de indicador y protector para el mantenimiento de la cohesión social mediante el reforzamiento de la tradición del grupo.

Otro aspecto importante a comentar viene dado por los resultados obtenidos del estudio de los restos óseos de algunas cremaciones procedentes de la necrópolis de Sigüenza, que parecen confirmarse en los datos obtenidos en otras necrópolis, como la de Las Ruedas.

El número de análisis que se han realizado en la necrópolis de Sigüenza se refiere solo a 10 sepulturas, algunas de las cuales conservan datos muy incompletos y por ello quizás no debemos extrapolar los resultados a todo el conjunto del yacimiento, aunque no deja de resultar sorprendente la identificación de mujeres, de diversas edades, en algunas sepulturas que contienen armas entre las piezas de sus ajuares, como es el caso de la sepultura 1 ó la 14.

En los análisis realizados se han identificado 4 mujeres, dos de las cuales (Sep. 1 y 14) presentaban armas en sus ajuares, y dos tenían ajuares compuestos por objetos de adorno (Sep. 2 y 5), dos varones (Sep. 7, 32), un niño de 1 año de edad (Sep. 25), y tres adultos sin determinación de sexo (Sep. 3, 8, 33).

La misma tendencia parece apuntarse en la necrópolis de Las Ruedas donde, contándose con 50 análisis antropológicos, 5 tumbas con ajuares considerados de “guerreros” corresponden a individuos de sexo femenino, destacando la tumba 32, en la que están presentes armas damasquinadas.

La necrópolis de La Yunta es muy pobre en lo referente a las armas, ya que tan solo se han identificado algunos regatones, una vaina de puñal y los restos de una hoja de cuchillo, todas en hierro, repartidas en 12 tumbas, todas con un solo ejemplar. Aún así, un 50% de las tumbas con armas pertenecen a mujeres, frente a un 33% que pertenecen a hombres y un 17% a indeterminados.

En este sentido, el papel de la mujer ha de ser entendido dentro de un contexto complejo de relaciones sociales y económicas, donde representaría el papel de legitimadora de los derechos, de transmisora de la herencia y de continuadora de las tradiciones. Dentro de este marco, la aparición de elementos armamentísticos en los ajuares femeninos se puede entender como la representación simbólica de los derechos que está transmitiendo esa mujer, a sus descendientes como hija o como esposa; recordemos la cita de Salustio (Hist. II, 92) en la que cuenta como las madres de los guerreros les narraban los hechos gloriosos de sus antepasados, cuando marchaban hacia el combate, en la que se puede atisbar el papel de la mujer como transmisora de la tradición.

Así, la presencia de varios ajuares de guerrero en la misma tumba femenina podría interpretarse como el reconocimiento de los diferentes papeles asumidos y de los diferentes derechos transmitidos por esa mujer dentro de su sociedad. Es decir, que la mujer es enterrada así no por ella misma, sino por el papel de mediadora que juega en una sociedad eminentemente masculina. Dentro de esos derechos podrían estar la posibilidad de acceso al control de los recursos básicos, fundamentalmente la posesión de la tierra, y la transmisión de determinados derechos de control de la sociedad, como la legitimación del acceso a la jefatura.

La posición que las armas ocupan en la sepultura parece claro que nunca es aleatoria pues en la mayoría de los casos han sufrido alguna manipulación que, sin duda, debería ir cargada de gran valor simbólico. La inhabilitación intencionada de las puntas de lanza o de las espadas al ser doblada su hoja, así como la posición de las armas clavadas verticalmente en el suelo alrededor de la cremación, indican todo un mundo especial de relaciones entre las armas y sus portadores. De este modo, como señala Quesada (1992: 209), se justificaría que las armas se destruyan del mismo modo que el cadáver, de manera que nadie más pueda utilizarlas y que en el Más Allá el guerrero pueda seguir gozando de los beneficios del arma. Esta idea queda confirmada no solo por los numerosos documentos arqueológicos, sino también por las diversas fuentes clásicas que hacen alusión a ello.

La relación existente entre los guerreros celtibéricos y sus armas ha sido subrayada por Sopena al resaltar la íntima relación del espíritu del que combate con los medios que dispone para ello (1987: 83).

Entre los celtíberos parece que existió una concepción cualitativa de la muerte (ibidem: 80) ya que aparte del habitual ritual de incineración del difunto, está documentado el rito de la exposición del cadáver, reservado exclusivamente a los guerreros muertos en combate, hecho considerado glorioso y culminación de un determinado modo de vida conscientemente elegido y premiado con la posibilidad de que el alma fuera conducida directamente a los cielos.

Esta glorificación del guerrero también parece que se llevaría a cabo en

algunos enterramientos de incineración, pues las lanzas clavadas verticalmente en el suelo, como las de nuestra sepultura 14, siempre se han interpretado como un simbolismo de heroización del difunto en una sociedad que valora la "virtus" *militaris* (Quesada, 1991: 970 y ss) y que, incluso hoy día, podemos encontrar en el fusil clavado, con el casco encima, sobre la tumba de un soldado muerto en campaña. La presencia solo de regatones en algunas sepulturas puede ser huella, según el mencionado autor, de lanzas que habían sido clavadas verticalmente por su contera y de las que el astil de madera y la punta se han perdido al ser finalmente arrastradas por agentes naturales.

Sin embargo, hemos de recordar que los restos antropológicos de la sepultura 14 de Sigüenza han sido identificados como pertenecientes a una mujer joven que, como comentábamos en el apartado anterior, podría simbolizar la transmisión de la tradición por parte de la esposa del hombre muerto en combate. Así, podemos señalar el comentario de Plutarco (Max. de Mujeres Espartanas, 241F16) sobre la transmisión de las armas de padres a hijos, de la que se encargarían las mujeres, puesto que es la madre quien entrega las armas, en este caso el escudo, al hijo, exigiéndole que regrese con honor.

En este contexto de rituales especiales que queremos resaltar, no debemos olvidar la información recogida en algunas sepulturas sobre la existencia de ofrendas.

Ofrendas de alimentos vegetales no se han identificado en ninguna necrópolis, puesto que no han aparecido restos directos, aunque si se han localizado ciertos vasitos cerámicos que a veces acompañan a las urnas cinerarias en las necrópolis de Molina o en la de La Yunta y cuya presumible función sería la de contener determinadas sustancias. En cambio si se ha obtenido información sobre la presencia de animales en las necrópolis de Sigüenza, Molina de Aragón, La Yunta o Las Ruedas.

La reiterada presencia de bóvidos y ovicápridos en las sepulturas de estas necrópolis hace pensar en la importancia económica que pudieron tener dichas especies, sobre todo en esta sociedad que sería básicamente ganadera, ya que en la región del Alto Jalón - Alto Tajo la tierra es especialmente pobre, salvo en las reducidas vegas de los ríos que la atraviesan y cuyo cultivo proporcionaría una base económica mixta.

En este sentido y como recientemente ha subrayado Ruiz Gálvez (1991), siempre se ha considerado al bóvido como un animal enormemente valioso en toda sociedad agropecuaria pues es el que tira del carro y, sobre todo, del arado, además de proporcionar estiércol para el abono, y muchos otros beneficios, como para su utilización en los transportes y por su importante producción lechera, siendo el máximo exponente de la riqueza ganadera, y, en definitiva, de la posesión de la tierra.

El hecho de su sacrificio, para ser depositado en una sepultura, debe ser considerado como un signo de la riqueza del personaje que está enterrado allí. El mismo sentido de riqueza parece denotarse de las mitologías céltica y clásica, donde los bóvidos siempre ha sido símbolos del poder y la riqueza de las gentes.

Por su parte, los ovicápridos debían ser las especies mayoritarias para el consumo como lo demuestra su abundante presencia en lugares de habitación. En el caso de La Coronilla (Cerdeño y García Huerta, 1992) la oveja y la cabra eran las especies dominantes, seguidas por los bóvidos y a mayor distancia por el cerdo y el caballo. Aunque su consumo cotidiano restase prestigio social a sus propietarios, no podemos dejar de pensar en su valor, siquiera ritual, al ser sacrificados como ofrenda funeraria.

Para finalizar y a modo de conclusión, creemos que a través del estudio de las necrópolis tumulares se puede vislumbrar un cambio en la sociedad celtibérica que se refleja en la forma de enterramiento, en el tipo de ajuar que se deposita en la sepultura y en la forma de realizar el ritual de la cremación. Este cambio social, posiblemente en relación con las influencias que llegan a la zona procedentes del mundo ibérico, podría concretarse en la ruptura de la sociedad gentilicia y el surgimiento de la sociedad organizada entorno a las ciudades y, tal vez, en los orígenes del estado. Este hecho, en relación con la desaparición de las armas de los ajuares, ya ha sido comentado por diferentes autores, como Cuadrado (1968: 48) o Argente (1977: 129-131), para los cuales la ausencia de armas estaría en relación con la presencia de las tropas romanas, que tras la toma de Numancia y el fin de la 2ª guerra celtibérica, en la segunda mitad del s. II a.C., debieron controlar las armas de los indígenas para prevenir levantamientos.

En opinión de Ruiz Gálvez (1985-86), este hecho podría responder a varias razones: cambios en los rituales o en los sistemas hereditarios, que el estamento guerrero se entierre por separado y no hayamos encontrado sus necrópolis (lo que es muy poco probable), o que refleje un estado de guerra permanente que hace que la demanda de armamento sea superior a las posibilidades de producción de los talleres, o la evolución hacia formas de vida más pacíficas, bajo la protección de otros pueblos, dentro de la institución de la clientela.

Lo que parece claro es que no tiene relación con la llegada de los romanos, pues este proceso se inicia en el s. III a.C. o, incluso, a finales del IV a.C., y el primer ataque de los romanos a la Celtiberia se produce en los comienzos del s. II a.C.

Nos indica que se está produciendo un cambio en el seno de la sociedad, cambios de actitud ante la muerte conectados a su vez con la visión general del mundo y de la organización social. Este cambio se produjo también en el mundo

ibérico, donde se da el mismo proceso de desaparición de las armas en las necrópolis.

Ya en el s. II a.C. existiría una organización claramente ciudadana en la Celtiberia, hablando las fuentes no de tribus, sino de ethnoi, que serían los nuevos organizadores de la sociedad.

BIBLIOGRAFIA

- AGUILERA Y GAMBOA, Enrique de; (Marqués de Cerralbo) (1916): *Las Necrópolis ibéricas*. Madrid.
- ARGENTE OLIVER, Jose Luís (1977): "La Necrópolis Celtibérica de "El Altillo" en Aguilar de Anguita (Guadalajara) (Resultados de la Campaña de Excavación de 1973)", *Wad-Al-Hayara*, N° 4, pp. 99-131.
- BRADLEY, Richard (1990): *The passage of arms. Archaeology, analysis and prehistory*, London.
- CERDEÑO, M.L. y GARCIA HUERTA, R. (1992): *El Castro de La Coronilla (Chera, Guadalajara). Campañas 1980 - 86.*, E.A.E., 163. Madrid.
- CERDEÑO, M.L. y PEREZ DE YNESTROSA, J.L. (1992): "La explotación de la Sal en época celtibérica en la región de Sigüenza", *Coloquio Internacional Sobre la Sal*, Saliers-de-Bearn.
- (en prensa): *La Necrópolis Celtibérica de Sigüenza: Revisión del Conjunto*. Memorias del S.A.E.T., Teruel.
- CHAPMAN, Robert (1977): "Burial Practices: an area of mutual interest", en M. Spriggs (ed.): *Archaeology and anthropology: areas of mutual interest*, B.A.R. (Supplementary Series, 19), pp. 19-34.
- CHAPMAN, Robert y RANDSBORG, Klavs (1981): "Approaches to the archaeology of death", en Chapman et alii (edit.): *The Archaeology of Death*, Cambridge, pp. 1-24.
- CUADRADO, Emeterio (1968): "Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara)", *Excavaciones Arqueológicas en España*, N° 60.
- GARCIA HUERTA, Rosario y ANTONA DEL VAL, Victor (1992): *La necrópolis celtibérica de La Yunta (Guadalajara). Campañas 1985 - 87*. Patrimonio Histórico - Arqueológico, Comunidad de Castilla - La Mancha.
- GREEN, M. (1989): *Symbol and Image in Celtic Religious Art*, Routledge, London.
- HABA, S. y RODRIGO, V. (1990): "El tema del culto a las aguas y su continuidad en relación con las vías naturales de comunicación", *Zephyrus*, XLIII, pp.271-279.
- QUESADA SANZ, Fernando (1991): *El Armamento Ibérico*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma. Madrid.
- (1992): *Arma y Símbolo: La Falcata Ibérica*. Alicante.
- RUIZ GALVEZ PRIEGO, M. (1985-86): "El mundo Celtibérico visto bajo la óptica de la Arqueología Social. Una propuesta para el estudio de los pueblos del Oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro", *Kalathos* 5-6, Teruel, pp.71-106.
- (1990): "Propuesta para el estudio e interpretación de las necrópolis sin armas", en F. Burillo (Coord.): *Necrópolis Celtibéricas*. II Simposio sobre los celtiberos., Daroca 1988. Institución Fernando el Católico, Zaragoza 1990, pp. 343-347.

- SOPENA, Gabriel (1987): *Dioses, Etica y Ritos*. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos Celtibéricos. Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- TAINTER, J.A. (1978): "Mortuary Practices and the study of Prehistoric systems", en M. Schiffer (edit.): *Advances in archeological method and theory*, Vol. I, New York, Academic Press, pp. 105-141.

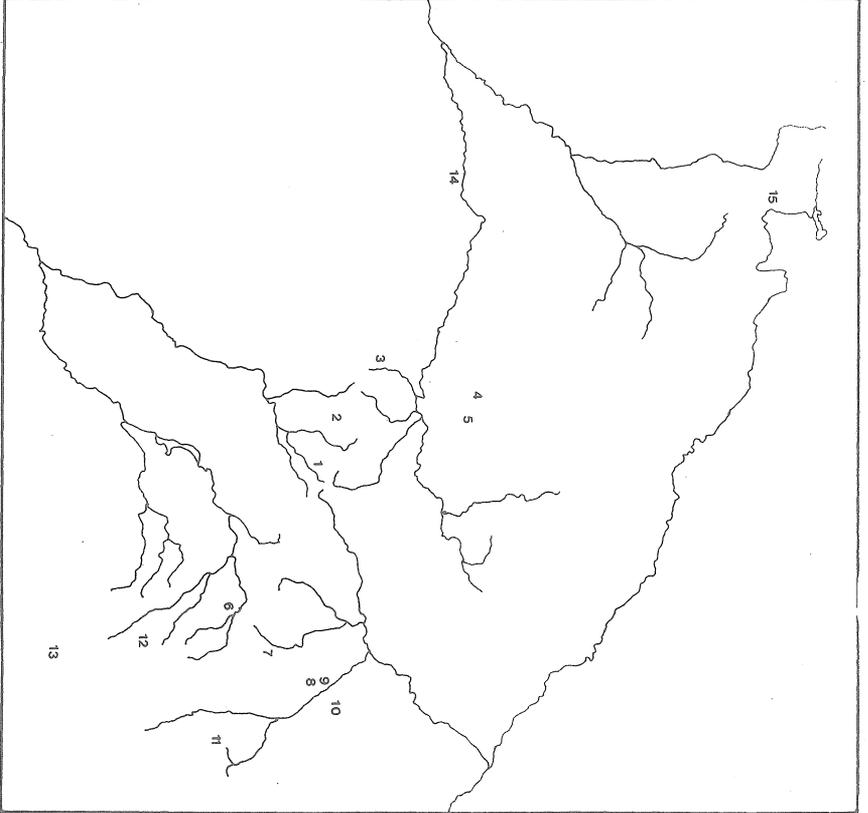
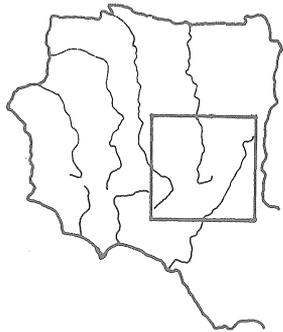
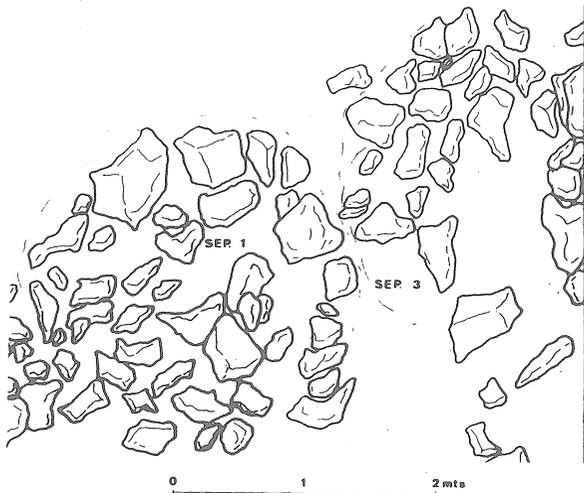


Fig. 1 — Necrópolis tumulares de la Meseta.



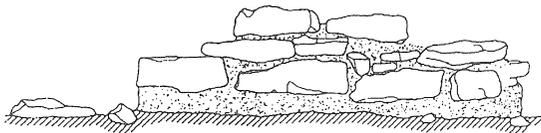
MAPA DE LAS NECRÓPOLIS TUMULARES

- 1- Sigüenza (Cu.)
- 2- Attila de Carragozo, Altienda (Su.)
- 3- Carratienes (Su.)
- 4- Uero (Su.)
- 5- La Herradura (Su.)
- 6- Molina de Aragón (Cu.)
- 7- La Yunta (Cu.)
- 8- Valmado, Barca (Z.)
- 9- Valdequer (Z.)
- 10- La Ibriza, Barca (Z.)
- 11- Villarzana (Te.)
- 12- Briegas (Te.)
- 13- Pajaroncillo (Ca.)
- 14- Las Ruedas, Pabilla de Duero (Va.)
- 15- Monte Barroto, Aguilar de Campoo (Pa.)

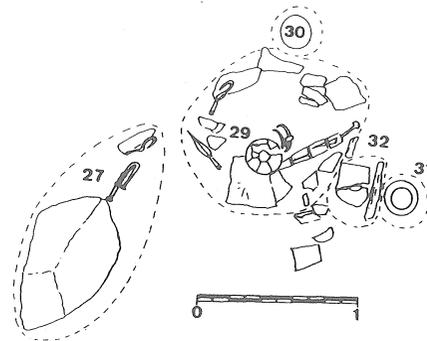


Necrópolis de Sigüenza. Sepulturas de empedrado tumular.
Periodo Celtibérico Inicial.

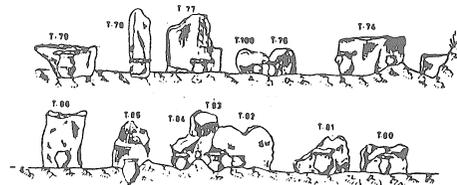
ALZADO TUMULO B (Cara N)



Necrópolis de la Yunta.
Enterramiento en tumulo.
Periodo Celtibérico Avanzado.
(según GARCIA HUERTA)

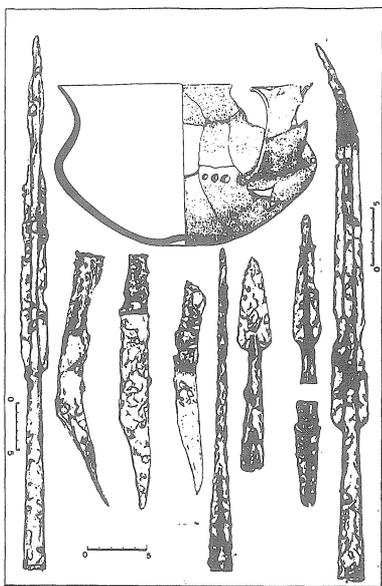


Necrópolis de Sigüenza. Sepulturas planas.
Celtibérico Pleno.

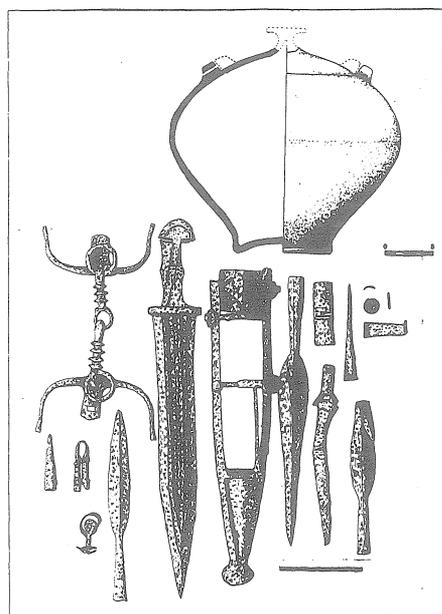


Necrópolis de Riba de Saelices. Sepulturas
con estelas. Celtibérico Pleno. (según CUADRADO)

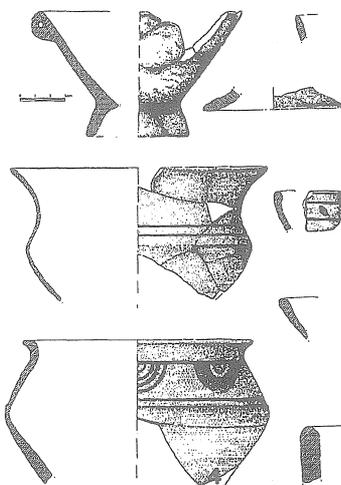
Fig. 2 — Tipos de enterramiento.



Ajuar del periodo Celtibérico Inicial.
Sepultura 1 - Necrópolis de Sigüenza.



Ajuar del Celtibérico Pleno. Sepultura 29 -
Necrópolis de Sigüenza.



Ajuar del Celtibérico Avanzado. Tumba 59 -
Necrópolis de La Yunta.
(según GARCIA HUERTA, 1992)

Fig. 3 — Desarrollo cronológico de los ajuares.